

plar la piedra de los sacrificios, se verian llevados á ella para ser sacrificados delante de la horrible deidad.

La primera página de esa guerra, empezaria con *La Noche Triste*.

La última debia terminar con la heroica defensa de Méjico.

CAPÍTULO V

Envia Cortés nuevo comandante á la Villa Rica de la Veracruz.—Atenciones de Cortés con Moctezuma.—Le dice que puede marchar ya á su palacio.—Moctezuma no admite.—Marcha con gran pompa al templo principal.—El pueblo le recibe con aclamaciones.—Moctezuma sale á paseo con frecuencia.—Cortés le pide licencia para construir dos bergantines.—Estreno de los bergantines.—Va en uno de ellos Moctezuma.—El rey de Texcoco se dispone á hacer la guerra á los españoles.—Cortés le envia una embajada recordándole su amistad.—Altiya contestacion del monarca texcocano.—Cortés se dispone á marchar contra él.—Moctezuma le disuade.—El rey de Texcoco se ve reducido á prision por orden de Moctezuma.—Pone á disposicion de Cortés al preso.—Coloca Moctezuma en el trono de Texcoco á Cuicuitzca, hermano del destronado.—Algunas reflexiones sobre la prision del rey de Texcoco.

De suma importancia era para Hernan Cortés la fundacion de la Villa Rica de la Veracruz, donde habia dejado una corta guarnicion. á fin de tener un puerto por donde recibir recursos de algun buque que arribase, y noticias de cualquiera expedicion que contra él enviase el gobernador de la isla de Cuba.

La muerte de Juan de Escalante, leal caballero y adicto á su persona, le fué, por lo mismo, altamente sensible.

Necesitaba enviar otro hombre que le reemplazase dignamente, sino en el valor, en el don de gobierno.

Todos los pueblos totonacos seguian siendo fieles á los españoles, y las guarniciones mejicanas no volvieron á inquietarles, temerosos los gobernadores de incurrir en el enojo de Moctezuma y sufrir el castigo ejecutado en Quauhpopoca.

Hernan Cortés dió el cargo vacante á un individuo llamado Alonso de Grado, hombre de muy buena presencia, de agradable conversacion, de buenas maneras y de vasta instruccion. Alonso de Grado habia sido uno de los que siempre se mostró contrario á la marcha á la capital de Méjico y opinado por la vuelta á la Villa Rica. El general español, teniendo presente esta circunstancia, le dijo con gracia y con aire agradable que revelaba su aprecio: «Al fin veis cumplidos vuestros ardientes deseos de volver á la Villa Rica: cuidad de su fortaleza, y no os metais en ir á dar guerra á territorio enemigo, y os maten como á Juan de Escalante.»

Estas últimas palabras las dijo Cortés haciendo un gracioso guiño de inteligencia á los que se hallaban presentes, pues todos sabian que no era el estruendo de las armas el que más seducía al galante caballero (1).

(1) «Este Alonso de Grado era uno de los que siempre fué contrario de nuestro capitan Cortés, porque no fuésemos á Mejico y nos volviésemos á la Villa Rica... y si como era hombre de buenas gracias, fuera hombre de guerra, bien le ayudara todo junto», y como Cortés era gracioso en lo que decía, le dijo: «Hé aquí, señor Alonso de Grado, vuestros deseos cumplidos, que ireis

Pero contra lo que generalmente acontecia, Cortés se equivocó en la eleccion.

La conducta observada por Alonso de Grado al tomar posesion de su cargo, fué poco ceñida á la recta justicia; y Hernan Cortés se vió bien pronto obligado á destituirle, para obsequiar los deseos del vecindario de Veracruz que se quejó de sus exacciones y desaciertos. El caudillo español hizo que le condujesen preso á Méjico para castigar sus demasías. Cuando se presentó ante el general, le reprendió éste severamente por su mal comportamiento, y le puso en una prision, donde permaneció por algunos dias.

Envió, para que le sucediera en el mando, á Gonzalo de Sandoval, jóven y esforzado caballero que se habia distinguido por su arrojo y sagacidad. Tenia veintidos años; era de buena estatura, de gallardo cuerpo y de musculatura atlética; de ancha espalda, y de elevado y robusto pecho. Su rostro era expresivo y varonil; rosado el cutis; de barba y cabello castaños, suavemente rizados; mas amante de las armas que de las letras; franco; leal; sin ambicion de oro ni de riqueza; modesto en el vestir; frugal, afable, excelente militar, y cuidadoso de que nada faltase á sus soldados. Gonzalo de Sandoval era, por sus bellas cualidades, apreciado del ejército entero; desde el general hasta el último de los soldados (1).

ahora á la Villa Rica, como lo deseábades, y entendereis en la fortaleza; y mirad que no vais á ninguna entrada, como hizo Juan de Escalante, y os maten; y cuando se lo estaba diciendo guiñaba el ojo porque lo viésemos los soldados que allí nos hallábamos y sintiésemos á qué fin lo decía.»—Bernal Diaz del Castillo.

(1) Bernal Diaz que le conoció, como á todos los capitanes y soldados de Cortés, hace el siguiente retrato de él: «Su estatura muy bien proporcionada y

La eleccion no podia haber sido mas acertada.

Hernan Cortés necesitaba tener en aquel importante punto un hombre leal que se hiciese amar de los nativos, como Juan de Escalante; que procurase el bienestar de la corta guarnicion, y que obrase como cumplido caballero en caso de que apareciese por la costa alguna escuadra perteneciente al gobernador de Cuba.

Este último pensamiento le tenia siempre inquieto.

Conocia á Diego Velazquez, y temia sus manejos.

Gonzalo de Sandoval partió para la Villa Rica, instruido en lo que debia hacer.

Hernan Cortés le encargó que le enviase dos herreros con algun fierro sacado de las naves echadas á pique, jarcias, velas, pez y cuanto suele emplearse en la construccion de los buques.

Aunque reinaba la mejor armonía entre mejicanos y españoles, y Moctezuma se mostraba cada dia mas obsequioso y deferente, el general castellano, previsor y cuidadoso, se habia propuesto poder transportar sus fuerzas, en caso necesario, por en medio de la laguna, sin necesidad de las calzadas.

de razonable cuerpo y membrudo; el pecho alto y ancho, y asimismo tenia la espalda, y de las piernas algo estevado; el rostro tiraba algo á robusto, y la barba y el cabello que se usaba, algo crespo y acastañado, y la voz no la tenia muy clara, sino algo espantosa, y ceceaba tanto cuanto; no era hombre que sabia letras, sino á las buenas llamas, ni era codicioso de haber oro, sino solamente hacer sus cosas como buen capitán esforzado, y en las guerras que tuvimos en la Nueva España, siempre tenia cuenta de mirar por los soldados que le parecia que lo hacian bien, y les favorecia y ayudaba; no era hombre que traia ricos vestidos, sino muy llanamente, como buen soldado.»

Para alcanzar su objeto ideó construir dos barcos pequeños, para lo cual necesitaba los objetos que habia encargado á Gonzalo de Sandoval.

La conducta observada por Hernan Cortés con Moctezuma era altamente respetuosa, delicada y atenta. Varias veces volvió á repetirle que podia dejar los cuarteles españoles y trasladarse á su palacio. El emperador mejicano, ya fuese porque sus parientes y nobles no le comprometiesen á declarar la guerra á los extranjeros, como él decia; ya porque se imaginase que la oferta solo fuese un fino cumplimiento, jamás quiso admitir, manifestando que era su deseo permanecer allí (1).

Contento el caudillo español de la resolucion del monarca azteca en permanecer en los cuarteles, procuraba proporcionarle todo lo que pudiera causarle solaz y satisfaccion. Diariamente iba Cortés, acompañado generalmente de Pedro de Alvarado, Juan Velazquez de Leon y Diego de Ordaz, á visitarle, para informarse si tenia algo que ordenarles y servirle inmediatamente.

Moctezuma desempeñaba todos los negocios de su go-

(1) «E fué tanto el buen tratamiento que yo le hice, y el contentamiento que de mi tenia, que algunas veces y muchas le acometi con su libertad, rogándole que fuese á su casa, y me dijo todas las veces que se lo decia, que él estaba bien allí y que no queria irse, porque allí no le faltaba cosa de lo que él queria, como si en su casa estuviese; é podria ser que yéndose y habiendo lugar que los señores de la tierra, sus vasallos, le importunasen ó le induciesen á que hiciese alguna cosa contra su voluntad, que fuese deservicio de Vuestra Alteza; y que él tenia propuesto de servir á Vuestra Majestad en todo lo á él posible; y que hasta tanto tuviese informados de lo que queria hacer, que él estaba bien allí.»—Cortés. Segunda carta á Carlos V.

bierno lo mismo que si se hallase en su propio palacio. La vida que hacia, en nada diferia de la que hasta entonces tuvo costumbre de hacer. Daba audiencia, á las horas acostumbradas, á los vasallos que tenían algun negocio importante. Recibia á los embajadores de las diversas naciones; enviaba sus instrucciones á los gobernadores; le informaban del pago de los tributos de las diversas provincias del imperio, y tenia un número considerable de nobles en las piezas contiguas á la sala del consejo, dispuestos á recibir sus órdenes. Terminados los negocios de Estado, Moctezuma se entretenia en ver á los soldados españoles hacer algunos simulacros en los anchos patios y maniobrar á la caballería. Algunas veces jugaba con Hernan Cortés á uno de los juegos aztecas, que los castellanos habian aprendido. Se llamaba el *totoloque*, y pertenecia á los pasatiempos de la aristocracia. Se jugaba con bolitas de oro, que se tiraban de lejos, á unos rodelitos del mismo metal, que servian de blanco. La apuesta consistia en ligeras alhajas de oro. Cuando ganaba Moctezuma, repartia lo ganado entre los soldados españoles. Cuando la suerte favorecia á Cortés, éste las regalaba á los mejicanos que acompañaban al monarca.

El soberano azteca parecia complacerse con la compañía de los españoles. Habia pedido al general castellano que le cediese, para que le sirviera, á un paje suyo llamado Orteguilla, que hablaba algo ya el idioma mejicano, y por medio de éste se informaba de la condicion, rango y cualidades de cada uno. El paje era un jóven de claro ingenio, que apreciaba con todas veras á Moctezuma, y que se complacia en servirle. De esta manera, el soberano de Mé-

jico llegó bien pronto á conocer á la mayor parte de los que formaban el ejército. Afable y bondadoso con todos, no habia oficial ni soldado que no le respetase y quisiese. Velazquez de Leon, capitan de su guardia, el mismo que pronunció las palabras de impaciencia en los momentos de prenderle, era uno de los que mas notables se hacian por la afabilidad y deferencia que le mostraban. Moctezuma, que sabia apreciar las buenas cualidades de los hombres, le distinguia con su amistad, y pasaba largos ratos de agradable conversacion con él. Tambien manifestaba particular predileccion por Pedro de Alvarado, á quien por el color rubio de su pelo y barba, le llamaban, como tengo ya dicho, *Tonatch*, esto es, «el sol», y cuyos francos modales y agradable presencia cautivaban.

La benevolencia hácia los españoles se manifestó marcadamente al darles por alojamiento el palacio de su padre Axayacatl, donde tenia sus tesoros. Deseando que nada faltase á la comodidad de ellos, dió á cada uno varios criados de ambos sexos para que les hiciesen el pan, la comida y les sirviesen en lo que fuese necesario. Conociendo Hernan Cortés que el sostenimiento de aquel número de sirvientes debia ser gravoso á Moctezuma, hizo que disminuyera notablemente. El emperador azteca no admitió la economía: reconvino con dulce afabilidad por ella á Cortés, y le obligó á que volviese á admitirlos, diciéndole que así anhelaba manifestar á sus amigos el distinguido aprecio que les tenia. No seria digno de la magnificencia real, añadió, una economía que le privase de la satisfaccion que experimentaba en proporcionar á los nobles extranjeros las comodidades que podia.

Moctezuma, que tenia por devocion visitar en determinadas épocas el gran templo del dios Huitzilopochtli, pidió permiso á Cortés para verificarlo. El general castellano le contestó que era un exceso de atencion solicitar como favor lo que le correspondia de derecho. Le habia dicho que podia dejar los cuarteles españoles y volverse á su palacio. Por lo mismo, dueño era de obrar segun su voluntad soberana. «Lo que os suplico es que no sacrifiqueis víctimas humanas á vuestros dioses.» Moctezuma ofreció complacerle, y dispuso su visita al *teocalli*.

Era la vez primera que se presentaba á su pueblo desde su permanencia en los cuarteles españoles. Sentado en sus ricas andas, precedido de los tres personajes que, siempre que salia, llevaban en alto varas de oro, como insignias de la majestad real, y acompañado de toda la nobleza, se dirigió al templo. En calidad de guardia de honor y de respeto, pero en realidad para asegurar su regreso, marchaba una escolta de ciento cincuenta soldados españoles, y los capitanes Juan Velazquez de Leon, Pedro de Alvarado, Alonso de Avila y Francisco de Lugo (1).

(1) Prescott dice que al darle la licencia le amenazó con que «si intentaba escaparse pagaria con la vida». No es verosímil que Cortés le dirigiese esta amenaza, cuando le habia dicho anteriormente y repetidas veces que era libre para volver á su palacio. Ni habia necesidad de hacérsela, cuando bastaba la escolta que enviaba como guardia de honor. Cierito es que Bernal Diaz refiere lo mismo; pero debe creerse que lo dedujo de ver la escolta que le acompañaba. A la política de Cortés le convenia que se presentase en público, para que el pueblo viese que no se ejercia cohibicion sobre el monarca; y no menos le interesaba que éste se juzgase con libertad al salir á la calle, cuando estaba persuadido de que no dejaria de volver á los cuarteles, ignorando las órdenes que tenia la escolta.

El pueblo prorrumpió en gritos de entusiasmo al ver salir á su soberano. Moctezuma se conmovió con las demostraciones de cariño de sus vasallos.

Las calles se veian llenas de gente ansiosa de manifestar su adhesion y respeto al monarca, y se prosternaba á su paso. La alegría era intensa. Nadie dudaba ya de que su permanencia en los cuarteles españoles era voluntaria; permanencia aceptada por consejo del dios Huitzilopochtli, á quien se dirigia en aquellos instantes á venerar. El resentimiento contra los castellanos cambió en aprecio, y la escolta fué mirada con afecto de simpatia como dispuesta para honrar al rey.

En medio del entusiasmo de la multitud, que se agolpaba á los sitios por donde tenia que cruzar el soberano, los nobles que llevaban las insignias reales se detuvieron. Los que conducian las andas hicieron alto, y Moctezuma descendió de las andas. El templo mayor se hallaba ya cerca, y el respeto á los dioses exigia que el espacio que faltaba se anduviese á pié. Moctezuma, apoyado en el brazo de dos altos personajes y bajo de un pálio de plumas verdes, que conducian cuatro nobles, y marchando sobre blandos tapetes de algodón que tendian en el suelo, entró en el *teocalli*, levantado al númen de la guerra junto á la magnífica plaza de Tlatelolco (1).

(1) Aquí se presenta otra prueba de que el gran templo de Huitzilopochtli no estaba donde existe la catedral católica. Si así hubiera sido, Moctezuma hubiera marchado á pié, puesto que la puerta del *teocalli*, allí situado, distaba unos cuantos pasos. Pero que el templo se encontraba á bastante distancia, se ve por las siguientes palabras de Bernal Diaz, que fué uno de los que formaban